Introducción

> Mientras haya sobre la tierra ignorancia y miseria, obras como esta no podrán ser inútiles.
>
> Victor Hugo

A estas alturas del siglo XXI es evidente el vertiginoso avance de la ciencia y de la tecnología y, sin embargo, ahora más que nunca, el futuro de la humanidad está en peligro. Los problemas ecológicos, guerras, enfermedades, adicciones y miseria que están agotando el planeta han sido consecuencia de subestimar la vida humana en función de otros ideales, llámense progreso, riqueza, poder, Dios o nación, por ejemplo. Incluso la misma filosofía, en algunas de sus últimas vertientes, habla del posthumanismo y/o transhumanismo, anteponiendo vanguardias intelectuales y científicas a cualquier ideal humanista, lo que en ciertos casos deviene en galimatías que subestiman la vida humana. Ya nos advertía Lévinas: «Fin del humanismo, de la metafísica; muerte del hombre, muerte de Dios (o ¡muerte a Dios!): ideas apocalípticas o eslóganes de la alta sociedad intelectual. Como todas las manifestaciones del gusto –y de las fobias– parisinas, estas declaraciones se imponen con la tiranía del último grito y, al ponerse al alcance de todos, se degradan»[1].

[1] Lévinas, E., *Humanismo del otro hombre*, trad. Graciano González R. Arnáiz, 2ª ed., Madrid, Caparrós, 1998, p. 81.

Sostenemos la urgencia de replantear el humanismo, no para alcanzar algún ideal de máximos o de excelencia, sea la felicidad, la virtud, la bondad o cualquier otro, ni para legitimar refinamientos estilísticos de las humanidades, sino para bajar la mirada de alto estatus académico al mundo humano, con todas sus contingencias e imperfecciones, desde alguna suerte de búsqueda de mínimos cívicos. Habría que poner al ser humano como centro de nuestra atención filosófica y existencial para proteger nuestra especie, cuidar de nosotros mismos; en este sentido es en el que apelamos al humanismo. Pero como esta propuesta de reconstrucción del humanismo pudiera parecer utópica e ingenua, es necesario argumentarla. Este es el objetivo del presente libro.

Heinrich Blücher[2] decía que «los pesimistas son cobardes y los optimistas estúpidos»[3], pero quizá haya una tercera posibilidad: la esperanza. La esperanza que perfila este libro parte de cierta reconstrucción moral que se fundamenta en cuatro pilares: el pensamiento, la libertad, la piedad y la dignidad. Así, procederemos al ejercicio de clarificación conceptual de estos cuatro criterios, retomando algunos argumentos de los más importantes filósofos, que plantearemos con la mayor claridad posible, en un ejercicio más de divulgación que de profundización.

Nuestro esfuerzo por el esclarecimiento conceptual tiene tres importantes motivos: el más importante, evitar ambigüedades que obnubilen la comunicación; luego, compartir estas reflexiones con el mayor número de personas (sean o no versadas en la materia); y, por último, librar el prejuicio aca-

[2] Segundo marido de Hannah Arendt, intelectual excomunista.

[3] Young-Bruehl Elizabeth, *Hannah Arendt*, trad. Manuel Lloris Valdés, Valencia, Edicions Alfons el Magnánim, 1993, p. 185.

demicista de confundir la profundidad con la complejidad semántica.

Por otra parte, es menester anticipar al lector que en modo alguno la intención es dar definiciones absolutas, monolíticas o fascistas; ni mucho menos moralizar, porque sería subestimar al lector y atribuirse una función ajena al compromiso filosófico de la crítica y el debate público de las ideas. Más bien proponemos nuestros argumentos a consideración del lector para promover la crítica y la autocrítica, siempre enriquecedoras.

Planteamos en primer lugar el tema del pensamiento para señalar la importancia de cuestionar todas las informaciones, valores o ideales y protegernos así de cualquier manipulación. En nuestra gran civilización cada vez tenemos más acceso a información de todo tipo y justamente por eso es menester aprender a digerir y cuestionar todo lo que esté a nuestro alcance. La sociedad actual ha dado muestra de un gran avance científico y técnico, pero no propiamente de progreso moral, y ya va siendo hora de que padres de familia, profesores y políticos enfoquemos la educación al objetivo de enseñar a pensar; no propiamente para alcanzar altos objetivos de excelencia, competitividad o productividad (que muy probablemente sean polisémicos), sino para garantizar el mínimo humano de salvarnos de la cosificación, de cualquier manipulación y de la irresponsabilidad burocrática. Hannah Arendt fue quien mejor nos advirtió de los peligros de la irreflexión, por lo que recurriremos a su obra para argumentar este apartado.

El segundo tema de disertación será la libertad, porque es fundamental empoderar la voluntad para asumir el timón de nuestras vidas. Pero la libertad puede devenir en nihilismos o en alguna suerte de relativismo, donde finalmente pareciera

que todo es subjetivo, o incluso puede devenir en individualismo soez como se da en el ideario neoliberal. Procederemos a analizar otras lecturas de la libertad que parecieran vislumbrar mejores mundos posibles, a la luz de Kant, Arendt y Berlin, principalmente.

El tema del siguiente apartado es la piedad. La libertad de todos solo puede coexistir desde el respeto, y para ello el reconocimiento del otro es fundamental. La forma de percibir la vulnerabilidad ajena es, en este sentido, fundamental. A lo largo de la historia hemos visto distintas actitudes ante el sufrimiento humano, desde el sadismo hasta la simple indiferencia, en personas de alto y bajo nivel económico y cultural, por lo que cabe concluir que la piedad no depende del estatus social, ni del nivel académico, sino fundamentalmente de los sentimientos. La piedad es el punto crucial porque revela la capacidad de padecer por el sufrimiento de los demás; y si la planteamos en su lectura secular, no significa devoción religiosa, ni autocompasión, ni se limita al ámbito estrictamente privado, sino que suscita el auxilio del otro, que no se debe obviar si partimos del valor fundamental de la vida de cualquier ser humano. Rousseau, Schopenhauer, Walter Benjamin, Lévinas, Horkheimer y Marcuse develaron muy bien el concepto, por lo que retomaré algunos de sus planteamientos para este apartado.

Por último, analizaremos el tema de la dignidad para reivindicar algo que debería ser evidente para todos: el respeto a la persona y a la autonomía moral de cualquier ser humano. Recurriré una vez más al gran Kant, pero también a Hans Jonas y a Spaemann, entre otros pensadores. El enfoque de la dignidad que propongo presenta dos niveles: un primer nivel ontológico, que postula el reconocimiento del valor universal y sagrado de la persona humana, y otro nivel ético, que

corresponde a la exigencia moral de respetar la autonomía moral de uno mismo y de los demás.

Ahora bien, tal vez se podría pensar que nuestra disertación filosófica sobre el pensamiento, la libertad, la piedad y la dignidad sea solo un análisis conceptual irrelevante; sin embargo, quizá sea más bien un primer paso para asumir la responsabilidad y el empoderamiento según los más altos criterios humanistas. Recordemos de Berlin:

> (…) Heine advirtió a los franceses que no subestimaran el poder de las ideas; los conceptos filosóficos criados en la quietud del cuarto de estudio de un profesor podían destruir una civilización. Él hablaba de la *Crítica de la razón pura* de Kant, como la espada con que había sido decapitado el deísmo europeo; describía a las obras de Rousseau como el arma ensangrentada que en manos de Robespierre había destruido el antiguo régimen (…). Puede ser que las ideas políticas sean algo muerto si no cuentan con la presión de las fuerzas sociales, pero lo que es cierto es que estas fuerzas son ciegas y carecen de dirección si no se revisten de ideas[4].

Replantear y criticar el sentido de estos conceptos no es solo cuestión de semántica elemental, sino de perspectiva existencial e histórica; lo otro sería conformarse con el nivel de banalidad axiológica que impera en la actualidad y resignarse a aceptar sus consecuencias…

[4] Berlin, Isaiah, *Cuatro ensayos sobre la libertad*, trad. Julio Bayón, Madrid, Alianza, 1988, pp. 216-217.